

donar las grandezas del mundo, no abandonó el pensamiento de socorrer á todos los necesitados. Por el contrario, de tal modo se dedicó á este noble ministerio de la mujer católica, que, ocupada totalmente por el cuidado de alimentar á los pobres, de proteger á las viudas, de defender á los pupilos y de consolar á todos los desgraciados, no parecia que vivia sino para Dios y para el bien de todos (1). Nó es, pues, extraño que fuese canonizada, apenas murió, instintivamente y con entusiasmo por sus pueblos agradecidos, ántes de serlo canónicamente por el papa Urbano VIII. Los pueblos cristianos han sabido siempre y en todas partes apreciar perfectamente y reconocer los servicios que las santas reinas les han hecho.

§ XXXIX. — La monarquía y la nacionalidad inglesa fueron tambien obra de una princesa de Francia, Santa Berta, hija de Chariberto, rey de París. — Ella fué quien convirtió al rey Etelberto, su esposo, y á la nacion inglesa al Cristianismo. — San Eduardo, rey tambien de Inglaterra, santificado por su madre y por su esposa, con la que vivió guardando la virginidad. — Felicidad y gloria de su reinado, debidas á su santa esposa.

La monarquía católica de Inglaterra fué fundada igualmente por el celo de una mujer, y esta mujer fué tambien una princesa de Francia. Esta fué Santa Adelberga, llamada tambien Berta, hija de Chariberto, rey de París y de Aquitania, y de Santa Ingomberga, á quien su indigno esposo habia repudiado para casarse con otras tres mujeres á un mismo tiempo, que fueron Teodechilda, hija de un pastor, y las dos hermanas Merofleda y Marcovefa, hijas de un cardador de lanas y criadas de su legítima esposa. No pudiendo la Iglesia consentir semejante escándalo, que convertia una córte cristiana en serrallo, y á un rey de Francia en sultan, Chariberto fué excomulgado por San German, obispo de París, y poco tiempo despues murió, habiendo durado sólo seis años su triste reinado. Aprovechándose Ingomberga de su desgracia, se retiró al momento del mundo con Berta, su hija única, de quien hizo una

(1) «Alendis pauperibus, protegendis viduis, defendendis pupillis, miseris omnibus juvandis intenta, non sibi, sed Deo, et mortalium omnium commodis vivebat.» (Brev. Rom., 8 Jul.)

santa, despues de haberse santificado á sí misma, porque espiró como una verdadera santa en los brazos de San Gregorio de Tours, á quien habia mandado llamar para que la asistiese en sus últimos momentos. Santa Berta, su hija, fué pedida en matrimonio por Etelberto, rey de Kent, en la Gran Bretaña. Pero este príncipe era todavía idólatra, y Berta habia heredado la fe y la piedad de su santa madre; por consiguiente, no consintió en su matrimonio sino con la condicion de que se le habia de dejar el libre ejercicio de la religion cristiana. Habiendo sido aceptada esta condicion, Santa Berta llevó consigo á Inglaterra, en cualidad de su limosnero, á San Letardo, obispo de Senlis; «y ella fué, dice M. Rohrbacher, quien contribuyó más á la conversion del Rey, su esposo, y á la de toda la nacion inglesa.» (Lib. XLVI.) Pero Santa Berta no se contentó con haber hecho de su esposo un cristiano, sino que hizo de él un santo; porque Etelberto se halla en el número de los santos ingleses. Santa Berta se valió de San Letardo, como Santa Clotilde de San Remigio, y valiéndose de sus luces y del ascendiente que habia adquirido sobre el Rey, la santa Reina hizo tambien de su esposo el Clodoveo, el Recaredo de Inglaterra, el primer rey que hizo del catolicismo la ley fundamental de su Estado, y que reunió á todos sus súbditos en la unidad de la fe católica. Y ved aquí otro gran reino conquistado á la Iglesia por un nuevo San Remigio y por una nueva Santa Clotilde. Por lo demas, este fenómeno histórico se reproduce con mucha frecuencia en la historia de la Iglesia, porque en ella vemos que todas las grandes conversiones de un rey ó de un pueblo han sido hechas por un obispo cuando una mujer ha preparado el terreno y ha suministrado los medios; es decir, con la ayuda y la cooperacion de una mujer.

La Inglaterra se acuerda tambien con un justo orgullo de su rey San Eduardo, llamado *el Salvador*, porque salvó á aquel país de los dinamarqueses, que lo asolaban. Pero este gran príncipe y gran santo á la vez fué educado en las virtudes y en las obras de su rango por Santa Pomma, su madre, y por Santa Edita, su esposa. Con la más tierna piedad le habia inspirado su santa madre un horror tal al pecado, y un amor tan grande á la inocencia del alma y á la castidad del cuerpo, que obligado á dejar la Inglaterra á la edad de diez años y á refugiarse en la córte de su tío el duque de Normandía, el jóven Eduardo supo conservar allí la piedad de un

santo y la pureza de un ángel, en medio de la mayor corrupcion, y hacerse el objeto de la estimacion y de la admiracion de todo el mundo. (*Brev. Rom.*) Él debió á esta misma educacion su profunda y tierna piedad para con Dios, su respeto y su amor á los hombres, su alejamiento de toda ambicion de reinar, y aquel espíritu de mansedumbre que le hacía decir: « Yo renuncio á mi reino si he de tener qué reconquistarlo con el precio de la sangre humana » (1). Finalmente, Santa Pomma le habia dado una idea tan elevada del mérito de la santa virginidad, que habiéndose visto obligado á casarse por los grandes de su córte, segun la opinion de todos los historiadores, permaneció siempre virgen en el matrimonio, al lado de su virgen esposa (2). Sin embargo, este rey virgen, dirigido y sostenido por los consejos y los ejemplos de una esposa virgen, hizo célebre su reinado, no ménos por sus grandes hazañas, que por sus sublimes virtudes. Llamado á Inglaterra por el voto universal, despues de la muerte de los tiranos que la asolaban, y acogido con las más vivas aclamaciones de su pueblo, restableció su trono, y excedió con mucho las esperanzas que la fama de sus virtudes le habia hecho concebir de él. En poco tiempo hizo desaparecer de sus dominios todo vestigio de las discordias civiles, de los odios y de los males de toda especie que la guerra y una larga dominacion extranjera habian acumulado en ellos. Ningun rey terminó más felizmente las guerras que tuvo que sostener con los extranjeros por la independenciam de su corona y la seguridad de sus Estados. Nada igualaba á su celo para reedificar los templos del Señor y edificar otros nuevos, para llamar al clero á sus deberes, para restablecer las costumbres públicas relajadas y la religion menospreciada. San Eduardo realzaba su alta piedad con las profusiones de su caridad. Él no estaba nunca más alegre que cuando habia dado mucho de su tesoro Real para el alivio de los pobres, y nada le lisonjaba tanto como el título de *padre de los huérfanos y de los*

(1) « Fuit ingenio mitissimo, et ab omni dominandi cupiditate alieno. Cujus ea vox fertur. Male se regno carere, quod sine cæde et sanguine obtineri non posse. » (*Brev. Rom.*)

(2) « Ab aulæ proceribus compulsus ad nuptias, constans est assertio scriptorum: virginitatem cum virgine sponsa, in matrimonio servasse. » (*Ibid.*)

*pobres*, que le daban. (*Brev. Rom.*) Mas este hombre, tan piadoso y tan caritativo fué al mismo tiempo un gran político y un gran rey, dedicado al cumplimiento del gran deber de un rey cristiano, de sacrificarlo todo á la felicidad de su pueblo. Él hizo una recopilacion de las mejores leyes publicadas por sus antecesores, y mandó que fuesen observadas por todos sus súbditos, *sin excepcion*, lo que les hizo dar el nombre de *leyes comunes*. Así, pues, el principio de la igualdad de todos los ciudadanos ante la ley, que forma la base de la Constitucion inglesa, es muy antiguo en los pueblos cristianos; y ocho siglos ántes que los hombres políticos de la revolucion de Francia lo hubiesen hecho el objeto de sus declamaciones, habia sido concebido y proclamado por un rey santo en Inglaterra, y habia sido tambien establecido allí por este mismo rey, que ha permanecido firme al traves de los estragos del tiempo y de las revoluciones. Ved aquí la hermosa pintura que Feller hace de este gran rey: « Entónces se vió, dice, lo que puede un rey que es verdaderamente el padre de sus súbditos. Todos los que se acercaban á su persona procuraban arreglar su propia conducta á la suya. No se conocia en su córte la ambicion ni el amor á las riquezas, ni ninguna de esas pasiones que desgraciadamente son tan comunes entre los cortesanos, y que preparan poco á poco la ruina de los Estados. Eduardo parecia ocuparse únicamente del cuidado de hacer felices á sus pueblos; él disminuyó las cargas de los impuestos y procuró por todos los medios posibles hacer que nadie sufriese. Como él no tenia ninguna pasion que satisfacer, todas sus rentas las empleaba en recompensar á los que le servian con fidelidad, en socorrer á los pobres y en dotar las iglesias. Pero los diversos establecimientos que él fundó no fueron jamas una carga para el pueblo. Las rentas de sus propiedades le bastaban para todas las buenas obras que emprendia. Creyendo los grandes del reino que habia agotado todas sus rentas con sus limosnas, impusieron una suma considerable á sus vasallos sin darle aviso, y se la presentaron como un dón que le hacian sus pueblos para la manutencion de las tropas y para las demas atenciones públicas. Eduardo dió gracias á sus súbditos por su buena voluntad, y mandó que se devolviese aquel dinero á los que habian contribuido á componer aquella suma. » (*Art. San Eduardo.*) No se puede decir cosa más honrosa para un rey; no pueden pintarse mejor las bellezas de la santidad sobre

el trono. Pero ¡qué gloria también para las dos mujeres que supieron formar tan gran santo y tan gran rey! (1).

§ XL.—La monarquía y la nacionalidad de Escocia constituidas también por la influencia de una mujer.—Santa Margarita; sus cualidades sublimes; su matrimonio con Malcolm, rey de Escocia; ella hizo de él un santo.—Su modo de educar á sus hijos y de gobernar sus pueblos.—Su celo por la propagación de la fe y de las ciencias.—Su admirable caridad.—Lo que le debe la Escocia.—Otras santas reinas, proporcionando las mismas ventajas á Dinamarca, á Noruega y á Escocia.

La Escocia tuvo también su Santa Clotilde en la persona de Santa Margarita, princesa de Inglaterra y sobrina de San Eduardo el Confesor. Obligada á huir de Inglaterra para librarse del furor de *Guillermo el Conquistador*, que había usurpado el reino, quiso refugiarse en Francia, en compañía del príncipe Edgardo, su hermano, heredero legítimo del trono. Pero habiendo acometido una violenta tempestad á la embarcación en que iban, fueron arrojados á las costas de Escocia. La Providencia había dispuesto esta desgracia para cumplir grandes designios de misericordia en Escocia por el ministerio de una mujer. El rey de aquel país era entonces Malcolm III, príncipe semibárbaro, que habiendo sido también arrojado de su reino por el tirano Macbeth, había sido restablecido en él por San Eduardo y su ejército. Pero había ciertos sentimientos de honradez en aquel bárbaro. Cuando vió llegar á sus estados aquellos dos ilustres emigrados, tuvo una gran satisfacción en hospedarlos en su palacio con la más tierna efusión y con los más grandes honores. Quiso satisfacer la deuda de reconocimiento que había contraído con San Eduardo, tratando así á sus sobrinos, que habían caído en la desgracia en que él mismo se había encontrado. Hizo todavía más.

(1) Inglaterra se envanece también de otra santa princesa. Santa Edita, hija del rey Eduardo, que renunció á la corona que le pertenecía para consagrarse á la virginidad, para ser la madre de una multitud de santas vírgenes en los monasterios que fundó, y para servir á la Iglesia con sus riquezas, con su influencia y con su crédito. Á esta sublime mujer llamaba el obispo San Dunstan la perla celestial y la estrella de Inglaterra. Esta noble virgen fué la que educó á Santa Osita, reina también de Inglaterra, y que conservó la virginidad en el matrimonio.

Habiendo sabido Guillermo que aquellas augustas víctimas de su brutalidad se hallaban en la corte de Malcolm, se las exigió, con la amenaza de hacerle la guerra en el caso de que se negase á mandárselas. «¡Yo acepto la guerra, le respondió Malcolm, antes que hacerme culpable de una traición tan negra con los parientes de mi bienhechor!» Dios le recompensó largamente por este acto de generosidad. En la guerra que se emprendió, Malcolm salió siempre victorioso de su innoble enemigo, y le obligó á pedirle la paz. Después de la guerra tuvo él la dicha más grande que Dios puede conceder á un hombre en el orden temporal; la de casarse con una santa mujer, que hizo de él al mismo tiempo un gran santo y un gran rey.

Apénas Margarita puso los piés en la corte de Escocia, cuando se concilió la estimación y la admiración de todos. Siendo un prodigio de belleza, lo era todavía más por el desprecio de las cosas mundanas, por la sencillez de sus vestidos, por la modestia angelical de sus miradas, por la dulzura de sus modales, por la severidad de sus costumbres, por el fervor de su piedad, por la elevación de su espíritu y por la bondad de su corazón. Toda su ambición se cifraba en hacerse agradable al Rey de los reyes; toda su satisfacción consistía en los encantos del amor divino, en la meditación y en la oración; todas sus acciones consistían en proveer á las necesidades de los pobres, en servirles y en consolarles. Jamás se había visto una virtud más grande asociada á una belleza tan extraordinaria. Movidó el Rey por tantas cualidades, que tan pocas veces se encuentran reunidas en ser terreno, concibió la más alta estimación y el más tierno afecto hacia Margarita. Quiso hacerla su esposa; pero viendo su alejamiento de las grandezas del mundo, no osaba prometerse una felicidad tan grande. Él habló de esto á la madre de la santa princesa, y por mandato de ella consintió Margarita en casarse con Malcolm, siendo coronada Reina de Escocia en 1070, á los veinticuatro años de edad. (*Brev. Rom.*)

Dios le había concedido el don de profecía y de milagros; pero sus obras, nos dice Thyerri, su biógrafo, eran más admirables que sus milagros. Ninguna religiosa en la soledad de su convento fué más fervorosa que Santa Margarita en el trono. Como ella no gastaba ningún tiempo en las diversiones mundanas, le quedaba mucho para sus ejercicios de piedad. En Cuaresma y en Adviento se

levantaba á media noche, iba á la iglesia y asistia á maitines. De vuelta á su aposento, reposaba una hora ó dos. Cuando se levantaba volvía á la capilla, donde oía muchas misas rezadas, además de la misa mayor, á la que jamas faltaba. Cuando oraba en su gabinete, nos dice su historiador, lo hacía con tanto fervor y tanta emoción, que se la encontraba con frecuencia bañada en lágrimas. «Ella poseía, prosigue Thyerri, el espíritu de compuncion en un grado eminente. Cuando me hablaba de las dulzuras inefables de la vida eterna, sus palabras iban acompañadas de una gracia maravillosa, y su fervor era tan grande, que no podía detener las lágrimas que corrían de sus ojos. Ella me instaba á que le advirtiese todo lo que había de reprehensible en sus palabras y en sus acciones, y me daba frecuentes quejas porque, á su modo de ver, la trataba con mucha consideracion. Su espíritu de penitencia era tan grande como su espíritu de humildad y de piedad.» Ella dormía generalmente en el suelo. Puede decirse que su vida era un ayuno continuado, porque no comía más que lo muy necesario para no morir. No parecía que comía, sino sólo que gustaba los manjares que le presentaban. (*Brev. Rom.*)

Malcolm era cristiano, y reunía una gran solidez de entendimiento á una gran rectitud de corazón. Pero sus costumbres nada tenían de cultas, su carácter nada tenía de afable, su fe nada tenía de fervorosa, y su religion nada tenía de ilustrada. Pues bien, la primera obra de Santa Margarita fué corregir todos estos defectos de su regio esposo. Habiéndose hecho bien pronto dueño de su espíritu y de su corazón por su conducta, en la que el afecto y el cariño no se separaban jamas del respeto, consiguió en poco tiempo dulcificar su carácter, suavizar sus costumbres, é inspirarle el más grande amor á la observancia de las leyes del Evangelio, el fervor más grande por las prácticas de la piedad, el mayor celo por la religion y el cuidado más asiduo en procurar la felicidad de sus pueblos. (*Brev. Rom.*) En medio de la corte poseía el espíritu de compuncion de un anacoreta. Al mismo tiempo, excitado siempre por la Reina, el santo Rey (porque se cuenta entre los santos en el calendario de Escocia) no encontraba placer sino en el ejercicio de la justicia y de la misericordia, y en la práctica de todos los deberes de un soberano y de todas las virtudes de un santo. Persuadido de que su esposa poseía en su corazón el verdadero espíritu de Jesucristo, la honraba como

á una cosa celestial y divina, y no dejaba jamas de seguir sus consejos ni de tomar parte en sus buenas obras.

Dichosa en haber convertido así á su esposo, no lo fué ménos en la educacion de los ocho hijos, seis varones y dos hembras, que tuvo de su matrimonio. Siempre cuidadosa de prevenirlos á tiempo contra los escollos de la corte, donde la piedad y la inocencia de los jóvenes príncipes está tan expuesta á fracasar, no cesaba jamas de hacerles conocer la vanidad de las cosas de la tierra y el valor de los bienes del cielo, el horror del vicio y los encantos de la virtud, inspirándoles al mismo tiempo el amor de Dios y el temor de sus juicios. Descansando el Rey completamente en la sabiduria ilustrada de su santa esposa con respecto á la instruccion de sus hijos, ella era quien elegía sus maestros. Éstos eran todos personajes graves, sumamente religiosos y á propósito para edificarlos con sus ejemplos, al mismo tiempo que les daban lecciones de ciencia y de literatura; ella velaba también sobre los estudios de sus hijos, haciendo con frecuencia que le diesen cuenta de sus progresos. Nada igualaba á su vigilancia para la conservacion de su inocencia. Nada de mundano ni de superficial se presentó jamas ante los jóvenes príncipes, y mucho ménos ante las princesas. Cuando éstas tuvieron edad suficiente para poder imitar sus ejemplos, las asoció á todas sus prácticas religiosas y á todas sus obras de caridad. No es, pues; extraño que aquellas venturosas hijas fuesen grandes princesas, grandes cristianas, y aún grandes santas. (*Brev. Rom.*) De los seis príncipes, Edgardo, Alejandro y David obtuvieron sucesivamente la corona de su padre, y se distinguieron por su valor, por su sabiduria y por su piedad. David se elevó más que sus dos hermanos, y se le considera, con justa razon, como el más bello ornato del trono de Escocia. La menor de las princesas fué María, que habiéndose casado con Eustaquio, Conde de Boloña, hizo la felicidad de su esposo y de sus vasallos; la mayor de ellas fué Santa Matilde, la primera esposa de Enrique I, rey de Inglaterra, que renovó en aquel país los prodigios de caridad que ilustraron el reinado de su madre en Escocia; ella fundó los grandes hospitales *del Cristo y de San Giles*, de Lóndres, y perpetuó allí la sucesion de santidad de sus piadosos abuelos.

Además de ser Santa Margarita una excelente esposa y una madre santa, fué también una gran reina. Al principio reinaba Mal-

colm, como se ha dicho, por los consejos de su santa esposa; pero habiendo conocido el sabio Rey que la grandeza del genio de su esposa no cedía á sus eminentes virtudes, le confirió toda su autoridad, y desde entónces reinó Margarita bajo el nombre de su esposo.

Sabiendo ella que la felicidad de los pueblos es inseparable de la profesion y de las prácticas de la verdadera religion, procuró ante todo combatir lo que restaba del paganismo en Escocia, y desterrar la ignorancia en que estaba la mayor parte de sus súbditos cristianos con respecto á la fe y á sus principales deberes. Ella estableció en todas partes obispos santos y predicadores celosos. Ella apoyaba con toda su autoridad á los magistrados que eran fieles á su mision de reprimir los crímenes, de combatir el desórden y de desarraigarlos abusos. De este modo consiguió destruir la supersticion, la simonia, la usura, los matrimonios incestuosos, el libertinaje, la profanacion del domingo y toda especie de escándalos, en toda la extension de su reino, y tuvo el gozo de ver que la religion recobró sus derechos, que las leyes de la Iglesia relativas á las festividades, á la abstinencia y á los sacramentos fueron estrictamente observadas, y que los pueblos se apresuraron á dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios en los dias consagrados especialmente á su culto.

Habiendo resuelto al mismo tiempo civilizar la nacion, hizo que fuesen de Francia y de Alemania hombres sabios que enseñasen toda especie de ciencias y toda clase de literatura; concedió su proteccion á los que sobresalian en estos conocimientos; fundó por todas partes escuelas y establecimientos públicos, que Malcolm aprobó, asegurando su estabilidad con ricas donaciones y con leyes llenas de sabiduría.

Santa Margarita miraba el reino de Escocia como una gran familia, de la que ella era la madre; por consiguiente, sólo para hacerla feliz se valió de la ventajosa posicion en que la Providencia la habia colocado, y de la autoridad que el Rey le habia confiado. Los extranjeros que visitaban entónces la Escocia, atraidos por la fama de la prodigiosa mujer que la gobernaba, no acababan de admirarse al ver en esta princesa tanta prudencia y tanta sabiduría en sus consejos, tanta destreza en la administracion de los negocios públicos, tanto ardor en aprovechar todas las ocasiones de hacer bien, y

tanto celo en el cumplimiento de los grandes deberes de la soberanía. Desde Santa Pulqueria no se habian visto jamas en ningun soberano tantas cualidades sublimes unidas á tantas virtudes. Por este medio consiguió Santa Margarita suavizar las feroces costumbres de sus pueblos, ilustrar su espíritu, hacerlos más á propósito para la práctica de las virtudes del Evangelio, y hacer de la nacion escocesa aquella noble nacion otras veces tan admirada por su piedad, por su sabiduría y por sus costumbres, tanto como por su lealtad y por su valor.

La causa de esto era que Santa Margarita recibia su sabiduría de los principios de la fe cristiana, y su fuerza de la gracia de los sacramentos, y procuraba el auxilio celestial por el recogimiento que sabia conservar en el tumulto de los negocios y por el ejercicio continuo de la oracion, para la que sabia proporcionarse el tiempo necesario en medio de sus grandes ocupaciones; así es que sólo se veia en ella el perfecto modelo de un alma cristiana enteramente muerta á sí misma, y viviendo sólo de la satisfaccion de consagrarse á la felicidad de los demas.

De este modo, siendo Reina de un gran pueblo, era particularmente madre de los pobres. Sus rentas no bastaban á sus grandes limosnas; ella daba aún lo que estaba destinado á sus propias necesidades. Jamas despedia ella á los que imploraban su socorro, sin haberlos favorecido y consolado. Ella no oia las peticiones de los pobres, sino que las prevenia. Cuando habia reunido cierta cantidad de dinero, hacia buscar á las familias arruinadas, para remediarlas; á los deudores insolventes, para pagar sus deudas, y á los prisioneros de guerra, para rescatarlos; prefiriendo entre todos ellos los que habian caido en manos de señores duros é intratables.

La santa Reina visitaba tambien con frecuencia los hospitales que ella habia fundado ó restaurado, y los enfermos no podian dejar de admirar su humildad y su ternura para con ellos.

Cuando salia en público, su séquito se reducía á una multitud de viudas, de huérfanos y de desgraciados de toda especie, que vivian de sus socorros y la querian como á su madre. (*Brev. Rom.*) Cuando regresaba á su palacio, sólo encontraba pobres en lugar de cortesanos, á los que lavaba los piés y servía por sí misma. Ella no se sentaba nunca á la mesa sino despues de haber dado de comer á nueve huérfanos y á veinticuatro pobres. Durante el Adviento y la

Cuaresma hacia que fuesen hasta trescientos. Entónces el santo Rey les asistia tambien. Él servía á los hombres y Margarita á las mujeres, y los dos les distribuian, con la rodilla en tierra, manjares semejantes á los que se habian preparado para su propia mesa.

« Finalmente, en el año de 1095, á los cuarenta y siete años de su edad y veintitres de su reinado, habiendo caido enferma Santa Margarita, dice su biógrafo, conoció por una luz superior que aquella era su última enfermedad, y conoció tambien el momento de su muerte mucho ántes de que llegase. Ella dijo que queria hablarme particularmente, é hizo una confesion general de toda su vida, la que acompañó con torrentes de lágrimas. Su contricion era tan viva, que no pude yo mismo ménos de llorar con ella y de unir mis suspiros y mis sollozos á los suyos. Finalmente me dijo: « Adios; » porque yo desapareceré bien pronto de la tierra, y vos no tardaréis en seguirme. Tengo dos gracias que pedir: la una es que os acordéis de mi pobre alma en vuestras oraciones y vuestros sacrificios, » en tanto que Dios os conserve la vida; y la otra es que cuideis de mis hijos, á fin de que sepan siempre temer y amar al Señor. »

La piadosa Reina vivió todavía seis meses. En todo este tiempo sufrió mucho, pero jamas se la oyó quejarse. El Rey se encontraba entónces empeñado en una guerra justa contra los ingleses, en el Northumberland, á pesar de cuanto le habia dicho Margarita para disuadirle. Esta fué la primera vez que Malcolm no escuchó á Margarita, y tuvo muy mal resultado; porque él fué muerto y su hijo Eduardo tambien. El dia en que sucedió esta catástrofe en Inglaterra, apareció Margarita en Escocia muy pensativa y muy triste, y dijo á los que la rodeaban: « Hoy ha sucedido á la Escocia una desgracia tal como no la ha sufrido mucho tiempo há. » Y cuando, volviendo del ejército su hijo Edgardo pocos dias despues, y temiendo aumentar su mal, quiso ocultarle la terrible noticia de lo que habia sucedido, la santa Reina dijo suspirando: « ¡Ay! Ya sé lo que hay en el particular. » Y levantando los ojos al cielo, prosiguió: « Dios omnipotente, os doy gracias porque me habeis enviado una aficcion tan grande en los últimos momentos de mi vida; yo espero que, con vuestra misericordia, servirá para purificarme de mis pecados. » En seguida se hizo trasladar á su oratorio, donde recibió el Santo Viático. Cuando la volvieron á su habitacion, sintiéndose próxima á morir, pidió le trajesen una cruz que estaba en

mucha veneracion en Escocia. Ella la abrazó devotamente, y formó con ella muchas veces la señal del cristiano sobre su cuerpo; estrechándola despues entre sus manos y fijando en ella sus ojos, pidió á sus capellanes que le recitasen las oraciones de los agonizantes; ella recitó el salmo *Miserere*, y repitiendo muchas veces estas palabras: « Señor Jesus, que con vuestra muerte disteis la vida al mundo, libradme de todo mal », entregó su espíritu á Dios. Al terminar Mr. Rohrbacher este relato, que nosotros no hemos hecho más que resumir, dice: « No nos acordamos de haber visto, ni áun en los primeros siglos de la Iglesia, una vida más edificante que la de esta Reina de Escocia. » Pero podia haber añadido tambien que la historia de las monarquias y de los pueblos no presenta en parte alguna un soberano más grande ni más perfecto. Así, pues, á una mujer debe tambien la Escocia el reinado más feliz para sus pueblos, y la más pura y la más grande gloria de su monarquía. Lo mismo sucedió, y por el mismo medio, en Dinamarca, en Noruega y en Suecia.

De todos aquellos terribles hombres del Norte, que con los nombres de daneses y de normandos asolaron por espacio de un siglo la Europa cristiana, el más salvaje, el más feroz y el más sanguinario fué, sin contradiccion, Canuto, jefe de los daneses. Éste era un monstruo, que sólo se complacia en el estrago y en la sangre. Él tenia siempre en sus labios estas terribles palabras: « El que me presenta la cabeza de uno de mis enemigos, obtiene mi cariño más que si fuese mi hermano. » Mas despues de sus últimas guerras contra los ingleses, en las que se hizo dueño de ellos, al mismo tiempo que lo era de los daneses, se casó con Emma, viuda del rey de Inglaterra, Ethelred, cuya corona habia conquistado, y con este matrimonio se convirtió en otro hombre, cuya conversion es uno de los prodigios más extraordinarios que refiere la historia de la Edad Media. (Lindgard, *Antig.*) Su nueva esposa era una princesa de Francia; era la hija del famoso Ricardo, duque de Normandía, con quien su primer marido, el rey Ethelred, se habia desposado cuando, arrojado de Inglaterra, se refugió en Francia. Esta ilustre matrona era una de las princesas más notables y más santas de su tiempo. Heredera de las virtudes, lo mismo que de la sangre de Clotilde, renovó sus prodigios para con Canuto, su nuevo esposo, de quien hizo un perfecto Clodoveo y un gran santo. Él habia

sido bautizado en su infancia; pero habiendo perdido á su madre á los pocos años, habia sido criado en una ignorancia completa del Cristianismo; él no tenía de cristiano más que el nombre, que deshonraba con las costumbres más disolutas y más feroces. Pues bien, su santa esposa, con su sabiduría, su dulzura y su piedad, consiguió dominar y suavizar en poco tiempo la ferocidad de su carácter; le instruyó en la fe y en la ley cristiana, le inspiró el amor y la práctica de ella, é hizo de aquel lobo un cordero, de aquel criminal un santo, de aquel pirata cruel, de aquel jefe salvaje de hordas bárbaras, el rey más humilde, más justo, más humano y más compasivo, el perfecto modelo de un rey cristiano. Él no cesaba de deplorar la efusion de sangre y la miseria, que habian sido las consecuencias de su rapacidad y de la de su padre. En uno de sus diplomas se expresaba de este modo: «Como mis antepasados y mis padres han oprimido muchas veces á Inglaterra con extorsiones y con depredaciones crueles, y han derramado, lo confieso, la sangre inocente, todo mi cuidado ha sido, desde el principio de mi reinado, y lo será siempre en lo sucesivo, delante de Dios y delante de los hombres, el de satisfacer por mis pecados y los de mis padres, el de reparar, con la devocion que debo, el estado de toda la santa Iglesia, nuestra madre, y el de hacer que sean mis intereses y mis favorecedores todos los santos de Dios.» (Rohrbacher, lib. LXIII.) Él no omitió medio alguno para reparar las injusticias que habia causado á los ingleses; él confirmó su constitucion y sus privilegios; él los trató con una perfecta igualdad con respecto á los daneses. Él se hizo tan avaro de la sangre y de la vida de los hombres, de que habia sido antes tan pródigo, que en sus instrucciones á los magistrados de los dos reinos, al mismo tiempo que los exhortaba á reprimir el crimen, les aconsejaba tuviesen en consideracion la fragilidad humana y perdonasen siempre á los arrepentidos.

Despues de haber pacificado y consolado á Inglaterra, volvió á Dinamarca con un gran número de obispos y de misioneros, bajo la direccion de San Edelnoch, arzobispo de Cantorbery y legado del Papa, para instruir y civilizar á sus compatriotas. Allí fundó obispados, edificó iglesias, destruyó lo que restaba del paganismo y restauró y afirmó el Cristianismo, que estaba casi extinguido. Nada igualaba á su espíritu de penitencia, á su piedad y devocion

á la Santa Sede. Testigo de esto fué su peregrinacion á Roma, que quiso hacerla á pié, con un saco á la espalda y un báculo en la mano, para ir á implorar en el sepulcro de los apóstoles el perdon de sus pecados; y testigo tambien la admirable carta circular que dirigió desde Roma á los grandes dignatarios de sus dos reinos, en la que, como otro Recaredo, declaró á la religion católica ley fundamental de todos sus Estados, exhortándoles á rivalizar en celo por la propagacion y la práctica de esta religion. Así es que la Iglesia lo colocó en el número de los santos, Inglaterra lo mira como restaurador del reino y Dinamarca como su primer Rey, y el fundador de su monarquía y de su nacionalidad. Este es uno de los más brillantes ejemplos de la fuerza del Cristianismo para convertir los monstruos en hombres, y los hombres en santos, y del poder de la mujer fiel para santificar al hombre infiel.

La fria Escandinavia tuvo tambien en la misma época su primer rey santo: éste fué San Olaph ú Olaus. Éste, fanático idólatra, era el jefe salvaje de una horda de bandidos noruegos, que bajaron entónces á Francia en socorro de los normandos. Pero la gracia le esperaba en ese país clásico del proselitismo cristiano para convertirle al Cristianismo. Movidó por el espectáculo de un gran pueblo, fuerte y dichoso á la sombra de las leyes del Evangelio, y por los ejemplos de santidad que vió en los obispos y en las mujeres cristianas, quiso hacerse tambien cristiano, y fué bautizado en Rouen. Habiendo sido proclamado Rey cuando regresó á Noruega, pidió y obtuvo de un príncipe del mismo nombre, de Olaus, rey de Suecia, la mano de su hija, porque era cristiana, y cristiana fervorosa. Esta alianza hizo la felicidad de los dos Reyes y de los dos países. Olaus, de Noruega, aconsejado y animado por su santa esposa, se hizo literalmente el misionero y el apóstol de su pueblo. Él pidió obispos y misioneros á San Uvan, arzobispo de Breme y legado de la Santa Sede, para la conversion de los pueblos del Norte. Él recorrió en persona, no sólo la Noruega, sino tambien las islas de Orkenay y de Islanda, que habia agregado á sus dominios, destruyendo los templos de los ídolos, desterrando á los adivinos é impostores, que habian inundado aquellas comarcas, y exhortando á sus súbditos á que abriesen los ojos á la luz del Evangelio, que les predicaban los misioneros que le seguian.

Olaus de Suecia, convertido tambien al Cristianismo por el ejem-

plo de su propia hija, no fué ménos celoso que su yerno Olaus de Noruega para la propagacion de la misma religion. Él recibió con alegría á la colonia de misioneros católicos que, bajo la direccion de San Sigfrid, habian hecho ir de Inglaterra su hija y su yerno, y habian enviado á su padre para que le ayudase á cristianizar la Suecia. Con este poderoso auxilio hizo derribar el gran templo de los idolos que habia en Ulpsal, y que era el gran foco de la supersticion y de la idolatría de toda la Gotia, y consiguió establecer el Cristianismo en todos sus estados. En el mismo tiempo, y por los mismos medios, la nacionalidad y la monarquía suecas fueron constituidas, como en Francia, en España, en Inglaterra y en el resto de Europa, sobre la unidad de la fe católica. Ved aquí, pues, otras dos nacionalidades y otras dos monarquías cristianas formadas de restos de pueblos bárbaros, y de jefes más bárbaros que sus mismos pueblos, por la accion de la Iglesia y la cooperacion de la mujer (1).

§ XLI.—Ojeada sobre las santas reinas de Alemania.—Santa Matilde.—Lo que le debió el emperador Enrique I, su espos.—Cómo gobernaba ella el Estado en su ausencia.—Piedad de sus hijos.—Su vida de caridad, áun despues de la muerte de su esposo.—Su retiro á un convento.—Circunstancias edificantes de su preciosa muerte.—Santa Adelaida.—Su modo de gobernar el Imperio le hizo adquirir el título de *Madre de los reinos*.—Los ricos dones y la piadosa embajada que envió al sepulcro de San Martin.—Su santa muerte.

Pero descendamos á Alemania para contemplar de cerca al ménos algunas de las santas princesas que en la misma época brillaron allí, en tan gran número, con el dulce esplendor de las virtudes cristianas, y continuaron la mision de la mujer católica, que Santa Clotilde comenzó en Francia, de santificar los tronos, de cristianizar los estados y de hacer felices á los pueblos.

(1) Más tarde la Suecia fué tambien muy feliz bajo el reinado de Ulphon. Pero este santo Rey fué atraído á las prácticas de la verdadera piedad y de los deberes de su cargo por las exhortaciones enérgicas y los excelentes ejemplos de su esposa, Santa Brígida, tan célebre en la Iglesia por la grandeza de sus revelaciones y por el prodigio de su santidad. Con su cooperacion gobernó Ulphon santamente sus pueblos por largo tiempo; y habiendo tenido un heredero al trono, tambien por sus consejos hizo voto de continencia el mismo

El emperador Enrique I, llamado *el Pajareo*, á causa de su pasion por la caza, fué un gran rey. Feliz por haber vencido y sometido á todos los enemigos exteriores, lo fué todavia más por haber restablecido el orden y la paz en el interior del Imperio, y por haber hecho reinar la justicia y florecer la religion en él. Pero él debió estos resultados y las bendiciones que descendieron sobre su reinado á la sabiduría de los consejos de Santa Matilde, su esposa, á la santidad de sus inspiraciones y al fervor de sus oraciones. Instruida ella en la escuela de otra Santa Matilde, su abuela, abadesa del monasterio de Erfut, habia aprendido desde su infancia á despreciar las grandezas del siglo y á constituir sus delicias en la lectura de los libros santos y en los ejercicios de la devocion y de la caridad. Pero la verdadera piedad es para todos, y especialmente para la mujer, una mina inagotable de luces, de buen sentido y de virtudes. La mujer verdaderamente piadosa es en todas partes lo que debe ser. Por consiguiente, Santa Matilde, que en el convento era una religiosa perfecta, casada con Enrique y colocada en uno de los tronos más grandes del mundo, desplegó todas las virtudes y todos los talentos de una gran reina. Empeñado el Emperador en continuas guerras contra los enemigos del Imperio, y obligado á pelear contra los húngaros y los dinamarqueses, dejaba á su santa esposa la administracion interior del Estado; y los negocios públicos, sin embargo de ser dirigidos por una mujer, prosperaban de dia en dia; el Estado estaba tranquilo y los pueblos eran felices. Y cuando su esposo, volviendo de sus largas excursiones, se encargaba de nuevo del gobierno, lo encontraba todo en el mayor orden. Entonces dejaba la santa Reina las funciones de regente para tomar las de abogado de todos los desgraciados, de consejero de la justicia y ministro de la clemencia y del perdon. Los prisioneros eran el objeto especial de su compasion; ella no estaba nunca más satisfecha que cuando podia volverles la libertad y restituirlos á sus fa-

dia que su esposa; y en fin, renunció á la corona y vistió el hábito de religioso del orden del Cister, en tanto que Santa Brígida dejó tambien la corte y se retiró á un convento y fundó el orden *del Santo Salvador*, compuesto de religiosos y de religiosas, que hizo un gran bien en toda la Europa septentrional, y cuya principal casa, de Vaston, en la Gotia, fué conservada y respetada áun despues de la introduccion del protestantismo en Suecia. (Feller, *Art. S. Brig.*) Poco despues volveremos á tratar de Santa Brígida.